

Cuando aquella familia tan unida entró en la casa de Pillerault, César, aunque poco observador, notó en los Ragón un cambio de maneras que ocultaba algún acontecimiento. La señora Ragón, sobre todo, le hizo una simpática acogida, y su mirada y su acento parecían decir á César:

—Ya hemos cobrado.

A los postres se presentó el notario de Sceaux, y Pillerault le hizo sentarse y miró á Birotteau, el cual comenzó á sospechar alguna sorpresa, sin poder imaginarse su extensión.

—Sobrino mío, en diez y ocho meses, las economías de tu mujer, de tu hija y las tuyas han producido veinte mil francos. Yo he recibido treinta mil por el dividendo de mi crédito. Tenemos, pues, cincuenta mil francos para entregar á tus acreedores. El señor Ragón ha recibido treinta mil francos por su dividendo, y el señor notario de Sceaux te trae un finiquito del pago íntegro hecho á tus amigos con intereses y todo. El resto de la suma está en casa de Crottat para pagar á Lourdois, á la madre Madou, al albañil, al carpintero y á tus acreedores más necesitados. El año que viene veremos. Con tiempo y paciencia se va lejos.

Imposible es describir la alegría de Birotteau, el cual se arrojó llorando en los brazos de su tío.

—¡Que se ponga hoy la condecoración!—dijo Ragón al abate Loraux.

El confesor colocó la cinta roja en el ojal del empleado, el cual se miró más de veinte veces en los espejos del salón manifestando un placer que hubiera causado risa á otras gentes, pero que aquellos amigos encontraron natural.

Al día siguiente, Birotteau se fué á casa de la señora Madou.

—¡Ah! ¿ya está usted aquí, buen sujeto? Ha encanecido usted tanto, que casi no le conocía. Sin embargo, ustedes no padecen, ustedes tienen colocaciones. Yo soy la que tengo que trabajar como una perra para poder vivir.

—Pero, señora...

—¡Eh! no es un reproche, conmigo ya está usted en paz.

—Venía á anunciarle que hoy le pagaré á usted en casa del notario Crottat el resto de su crédito y los intereses.

—¿De veras?

—Esté usted allí á las once y media.

—¡Eso sí que es honor!—dijo la Madou admirando á Birotteau.—Mire usted, mi querido señor, yo hago buenos negocios con su dependiente, que es un buen muchacho que deja que me gane la vida para indemnizarme. Conque así, guardé usted su dinero, ya estamos en paz. La Madou se enciende fácilmente y es chillona, pero tiene de esto—añadió la buena mujer golpeándose la almohada de carne más voluminosa que haya podido verse en el mercado.

—¡Nunca!—dijo Birotteau.—La ley es terminante, y yo deseo pagarle á usted íntegramente.

—Bueno, no quiero hacerme rogar más; pero mañana en el mercado yo proclamaré su honor, que es raro, muy raro á decir verdad.

El buen hombre presenció la misma escena en casa del pintor, aunque con ligeras variantes. Llovía. César dejó su paraguas en un rincón de la puerta, y el pintor enriquecido, al ver que el agua penetraba en la hermosa sala donde almorzaba con su mujer, no estuvo muy cortés.

—Vamos, ¿qué desea usted, mi pobre padre Birotteau?—le dijo con el tono duro que emplean muchas gentes para hablar á los mendigos importunos.

—Señor, ¿no le ha advertido nada su yerno?

—¿Qué?—interrumpió Lourdois con impaciencia, creyendo que se trataba de alguna demanda.

—Que vaya usted hoy á su casa á las once y media para darme recibo del importe íntegro de su crédito.

—¡Ah! eso es diferente. Siéntese usted, señor Birotteau, coma usted un bocado con nosotros.

—Háganos usted el favor de participar de nuestro almuerzo—dijo la señora Lourdois.

—¿De modo que marcha bien la cosa?—le preguntó el pintor.

—No, señor; me he visto precisado á almorzar todos los días un panecillo, en mi oficina, para ahorrar algún dinero; pero con el tiempo espero reparar los daños que hice á mi prójimo.

—A fe que es usted un hombre honrado—dijo el pintor al mismo tiempo que tragaba un bocado de *foie gras*.

—Y ¿qué hace la señora Birotteau?—le preguntó la señora Lourdois.

—Lleva los libros y la caja en casa de Anselmo Popinot.

—¡Pobres gentes!—dijo la señora Lourdois en voz baja á su marido.

—Mi querido señor Birotteau, si necesita usted de mí, venga á verme—dijo Lourdois.

—Señor, sólo le necesito á usted á las once—dijo Birotteau retirándose.

Este primer resultado animó al quebrado, aunque no le devolvió el reposo, pues el deseo de reconquistar su honor agitó desmesuradamente su vida, hasta tal punto, que sus ojos perdieron el brillo y sus mejillas se hundieron. Cuando antiguos conocidos encontraban á César á las ocho de la mañana ó á las cuatro de la tarde yendo á la calle del Oratorio ó volviendo, vestido con la misma levita que llevaba el día de la catástrofe, canoso, pálido y tímido, le detenían á pesar suyo, y decimos á pesar suyo, porque él, siempre alerta, se deslizaba pegado á las paredes á la manera de los ladrones.

—Su conducta es conocida, amigo mío—le decían;—todo el mundo siente el rigor con que usted se trata á sí mismo, al igual que su mujer y su hija.

—No se precipite usted—le decían otros;—llaga de dinero no es mortal.

—No, pero lo es la llaga del alma—le respondió un día á Matifat el pobre César.

A principios del año 1822, el canal de San Martín quedó decidido. Los terrenos situados en el arrabal del Temple alcanzaron precios fabulosos. El proyecto dividió precisamente en dos la propiedad de de Tillet, que era antaño la de César Birotteau. La compañía á quien se concedió el canal se avino á un precio exorbitante, si el banquero podía entregar el terreno en un tiempo dado. El arriendo que César había hecho á Popinot impedía el negocio. El banquero fué á la calle de los Cinco Diamantes á ver al droguero. Si Po-

pinot era indiferente á de Tillet, el prometido de Cesarina le tenía un odio instintivo, y aunque ignoraba el robo y las infames combinaciones cometidas por el feliz de Tillet, una voz interior le gritaba:

—Ese hombre es un ladrón impune.

Popinot no hubiera tenido el menor trato con él, cuya presencia le era odiosa. En aquel momento, sobre todo, veía á de Tillet enriqueciéndose con los despojos de su antiguo amo, toda vez que los terrenos de la Magdalena empezaban á alcanzar precios que presagiaban los valores exorbitantes á que se elevaron en 1827. De suerte que cuando el banquero le hubo explicado el motivo de su visita, Popinot le miró con indignación concentrada y le dijo:

—No me negaré yo precisamente á renunciar á mis derechos; pero exijo sesenta mil francos y no rebajaré un céntimo.

—¡Sesenta mil francos!—exclamó de Tillet dando un paso atrás.

—Aun me quedan quince años de arriendo, y gastaré tres mil francos más al año para reemplazar mi fábrica; de modo que sesenta mil francos ó no hablemos más—dijo Popinot entrando en la tienda seguido de de Tillet.

La discusión se acaloró, se pronunció el nombre de Birotteau, y Constanza bajó y vió á de Tillet por primera vez después del famoso baile. El banquero no pudo retener un movimiento de sorpresa al ver el cambio que se había operado en su antigua ama y bajó los ojos asustado de su obra.

—Este señor saca trescientos mil francos de los terrenos de ustedes, y nos niega sesenta mil francos de indemnización por el arriendo—dijo Popinot á la señora de César.

—¡Tres mil francos de renta!—dijo de Tillet con énfasis.

—Tres mil francos—repitió Constanza con tono sencillo y penetrante.

De Tillet palideció, Popinot miró á la señora Birotteau y hubo un momento de profundo silencio que contribuyó á que aquella escena fuese aun más inexplicable para Anselmo.

—Firme usted la renuncia que yo le hice redactar á Crot-

tat y le daré un bono de sesenta mil francos contra el Banco —dijo de Tillet sacando un papel timbrado del bolsillo.

Popinot miró á Constanza sin disimular su profundo asombro: creía soñar. Mientras de Tillet firmaba el bono sobre una mesa, Constanza se fué al entresuelo. El droguero y el banquero cambiaron sus papeles, y de Tillet salió saludando friamente á Popinot.

—En fin, gracias á este singular negocio, dentro de algunos meses poseeré á mi Cesarina—dijo Popinot al mismo tiempo que veía á de Tillet encaminándose hacia la calle de los Lombardos, donde le esperaba su coche.—Mi querida mujercita no se maleará más la sangre trabajando. ¡Qué cosa más rara! Una mirada de la señora Birotteau ha bastado. ¿Qué habrá entre ella y ese bandido? Lo que acaba de pasar es muy extraordinario.

Popinot mandó á cobrar el bono al Banco y subió para hablar con la señora Birotteau, pero no la encontró en la caja. Sin duda debía estar en su cuarto. Anselmo y Constanza vivían como viven un yerno y una suegra, cuando un yerno y una suegra se avienen. Se fué, pues, á la habitación de la señora de César con el apresuramiento propio de un enamorado que acaba de lograr su dicha. El joven negociante quedó prodigiosamente sorprendido al encontrar á su futura suegra leyendo una carta de de Tillet, pues Anselmo reconoció la letra del antiguo primer dependiente de Birotteau. Una vela encendida, y las cenizas negras y agitadas de cartas quemadas sobre el pavimento, hicieron temblar á Popinot, el cual, dotado de una vista penetrante, había visto sin querer esta frase al principio de la carta que leía su suegra: «La adoro á usted, ya lo sabe, ángel de mi vida, y...»

—Pero ¿qué ascendiente tiene usted sobre de Tillet para obligarle á cerrar semejante trato?—dijo Popinot riéndose con esa risa convulsiva que causa una mala sospecha reprimida.

—No hablemos de eso—dijo Constanza dando muestras de una horrible turbación.

—Sí—respondió Popinot aturdido,—hablemos del fin de sus penas.

Y esto diciendo, Anselmo se fué á la ventana y al mismo tiempo que contemplaba el patio tocaba el tambor con sus dedos sobre los cristales.

—Aunque haya amado á de Tillet, ¿por qué no me he de conducir yo como hombre honrado?

—¿Qué tiene usted, hijo mío?—dijo la pobre mujer.

—La cuenta de los beneficios líquidos del *Aceite Cefálico* asciende á doscientos cuarenta y dos mil francos, cuya mitad son ciento veintiuno—dijo bruscamente Popinot.—Si deduzco de esta suma los cuarenta y ocho mil francos que yo di al señor Birotteau, quedan setenta y tres mil, los cuales, unidos á los sesenta mil de la cesión del arriendo, les procuran á ustedes la suma de ciento treinta y tres mil francos.

Constanza escuchaba con una ansiedad tal estas palabras, que Popinot oía los latidos de su corazón.

—Yo siempre he considerado al señor Birotteau como asociado mío, y por lo tanto puede disponer de esa suma para pagar á sus acreedores. Añadiéndola á la de veintiocho mil francos de sus economías que obran en poder de su tío Pillerault, tenemos ciento sesenta y un mil francos. Nuestro tío no nos negará el recibo de sus veinticinco mil francos. Ahora bien, como no hay ningún poder de la tierra que pueda impedir que yo preste á mi suegro á cuenta de los beneficios del año próximo la suma necesaria para pagar á sus acreedores, será... rehabilitado.

—¿Rehabilitado?—exclamó Constanza cayendo arrodillada sobre una silla.

Y acto continuo, juntó las manos para recitar una oración después de haber soltado la carta.

—Querido Anselmo, hijo querido—dijo después de haberse santiguado, besándole en la frente, estrechándole contra su corazón y haciendo mil locuras,—Cesarina es bien tuya. Mi hija será al fin feliz y saldrá de esa casa donde se está matando.

—Por amor—dijo Popinot.

—Sí—respondió la madre sonriendo.

—Escuche un pequeño secreto—dijo Popinot mirando la fatal carta con el rabillo del ojo.—Yo presté una suma á Ce-

lestino para facilitarle la adquisición de las existencias de ustedes; pero lo hice con una condición. La habitación está como ustedes la han dejado. Yo tenía un proyecto, pero no creía que la casualidad nos favoreciese tanto. Celestino está obligado á realquilar á ustedes su antigua habitación, donde no ha puesto los pies y cuyos muebles serán de ustedes. Yo me he reservado el segundo piso, para vivir en él con Cesarina, que no se separará nunca más de ustedes. Después de mi matrimonio, vendré á pasar aquí los días desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. Para procurarles á ustedes una fortuna, yo les daré el interés de cien mil francos, y esto, unido al sueldo de don César, les proporcionará diez mil francos de renta, ¿no será usted feliz?

—Anselmo, no me diga usted más ó me vuelvo loca.

La angelical actitud de Constanza, la pureza de sus ojos y la inocencia de su hermosa frente, desmentían tan rotundamente las mil ideas que ocupaban el cerebro del enamorado, que éste quiso alejar las monstruosidades de su pensamiento, pues le parecía que no podía conciliarse una falta con la vida y los sentimientos de la sobrina de Pillerault.

—Mi querida y adorada madre—dijo Anselmo,—acaba de penetrar á pesar mío en mi alma una horrible sospecha, y si quiere usted verme feliz, destrúyala al instante.

Popinot había tendido la mano hacia la carta y se había apoderado de ella.

—Sin querer, he leído las primeras palabras de esa carta escrita por de Tillet—repuso Popinot asustado al ver el terror que denotaba la cara de Constanza,—y estas palabras coinciden tan singularmente con el efecto que acaba usted de producir determinando la pronta adhesión de ese hombre á mis locas exigencias, que cualquiera se lo explicaría como el demonio me lo explica á mí á pesar mío. Su mirada y tres palabras bastaron...

—No acabe usted—dijo Constanza tomando la carta y quemándola en presencia de Anselmo.—Hijo mío, me veo bien cruelmente castigada por una falta insignificante. Sépalo usted todo, Anselmo, pues no quiero que la sospecha que inspira la madre dañe á la hija, y, por otra parte, puedo

hablar sin tener de qué ruborizarme; le diré á mi marido lo que voy á confesarle á usted ahora. De Tillet quiso seducirme, mi marido fué advertido inmediatamente y de Tillet tuvo que ser despedido. El día mismo en que mi marido iba á despacharle, de Tillet nos robó tres mil francos.

—¡Me lo sospechaba!—dijo Popinot expresando con su acento todo su odio.

—Anselmo, su porvenir y su dicha exigen esta confianza; pero debe morir en su corazón, como había muerto en el mío y en el de César. Usted debe recordar la riña de mi marido con motivo de un error de caja. El señor Birotteau, para evitar un proceso y no perder á aquel hombre, colocó sin duda en la caja tres mil francos, importe de aquel chal de cachemira que no pude yo comprar hasta tres años después. He aquí la explicación de mi exclamación. ¡Ay de mí! hijo mío, le confesaré á usted mi puerilidad. De Tillet me había escrito tres cartas amorosas que le pintaban tan bien, que yo las guardé... como curiosidad—dijo Constanza suspirando y bajando los ojos.—No las he vuelto á leer más que una vez, pero comprendí al fin que era imprudente conservarlas, y al ver hoy á de Tillet, me acordé de ellas, subí á mi habitación para quemarlas y miraba la última cuando usted entró. Esto es todo, amigo mío.

Anselmo hincó una rodilla en tierra y besó la mano á la señora de César con una ternura que les hizo llorar á ambos. La suegra levantó al yerno, le tendió los brazos y lo estrechó contra su corazón.

Aquel día debía ser de alegría para César. El señor de Vandenesse, secretario particular del rey, fué á hablarle á la oficina para decirle, después de llamarle aparte:

—Señor Birotteau, por una casualidad ha sabido el rey los esfuerzos que usted hace para pagar á sus acreedores. Su Majestad, admirado de conducta tan rara y sabiendo que por humildad no lleva usted la cinta de la Legión de honor, me envía para ordenarle que vuelva usted á ostentarla en el ojal. Además, queriendo ayudarle á cumplir sus obligaciones, me ha encargado que le entregue esta suma tomada de su caja particular, y que le advierta que siente no poder hacer

más. Que esto permanezca en el más profundo secreto. Su Majestad encuentra poco regio la divulgación oficial de sus buenas obras—dijo el secretario particular entregando seis mil francos á César, el cual sintió durante este discurso inexplicables sensaciones.

Birotteau no supo más que balbucear palabras sin ilación, y Vandenesse se retiró sonriéndole y saludándole con la mano. El sentimiento que animaba al pobre César es tan raro en París, que su vida había excitado insensiblemente la admiración. José Lebás, el juez Popinot, Camusot, el cura Loraux, Ragón, el jefe de la importante casa en que estaba Cesarina, Lourdois y el señor de La Billardiere habían hablado de él, y la opinión, que había cambiado respecto al mismo, le ponía en las nubes.

—He ahí un hombre honrado.

Esta frase había resonado varias veces en los oídos de César cuando pasaba por la calle, y le causaba la emoción que siente un autor cuando oye decir:

—Ese es.

Esta célebre reputación asesinaba á de Tillet. Cuando César tuvo los billetes de Banco que le envió el soberano, su primer pensamiento fué emplearlos en pagar á su antiguo dependiente, y á este efecto el buen hombre se fué á la Calzada de Antín; de suerte que cuando el banquero entraba en su casa, se encontró en la escalera á su antiguo amo.

—¿Qué hay, mi pobre Birotteau?—le dijo con acento insinuante.

—¿Pobre?—exclamó el deudor con altivez.—No lo crea usted; soy muy rico, porque esta noche posaré la cabeza sobre la almohada con la satisfacción de saber que le he pagado.

Estas palabras llenas de probidad, fueron una tortura para de Tillet. A pesar de la estimación general, el banquero no se estimaba á sí mismo, y una voz inextinguible le gritaba: «¡Ese hombre es sublime!»

—¡Pagarme! Pues ¿qué negocios hace usted?

Seguro de que de Tillet no iría á repetir su confidencia, el antiguo perfumista le dijo:

—Jamás volveré á meterme en negocios. Ningún poder humano podía prever lo que me ocurrió. ¿Quién sabe si no sería víctima de otro Roguín? Mi conducta ha llegado á oídos del rey, y Su Majestad se ha dignado ayudarme enviándome al instante una suma bastante importante que...

—¿Necesita usted un recibo?—dijo de Tillet interrumpiéndole.—¿Paga usted?

—Íntegramente y hasta los intereses. Así es que le ruego que venga á dos pasos de aquí, á casa del señor Crottat.

—¿Paga ante notario?

—Caballero—dijo César,—nadie puede prohibirme que piense en la rehabilitación, y ya sabe usted que las actas ante notario son irrecusables.

—Ya que no hay más que un paso, vamos—dijo de Tillet saliendo con Birotteau.—Pero, ¿de dónde saca usted tanto dinero?

—No lo saco—dijo César,—lo gano con el sudor de mi frente.

—Debe usted una suma enorme á la casa Claparón.

—¡Ay de mí! sí, esa es mi mayor deuda y temo morir de pena si no la pago.

—Nunca podrá usted pagarla—dijo de Tillet duramente.

—Tiene razón—pensó Birotteau.

Al volver á su casa, el pobre hombre pasó por descuido por la calle de San Honorato, pues daba siempre un rodeo para no ver su tienda ni las ventanas de su habitación. Por primera vez después de su quiebra, volvió á ver aquella casa donde había pasado diez y ocho años de dicha, eclipsada entonces por tres meses de angustias.

—Siempre creí que acabaría ahí mis días—se dijo.

Y apresuró el paso porque vió el nuevo letrero que decía:

CELESTINO CREVEL

SUCESOR DE CÉSAR BIROTTEAU

—Yo estoy chocho. ¿No es aquella Cesarina?—exclamó al recordar que había visto una cabeza rubia en la ventana.

Había visto efectivamente á su hija, á su mujer y á Popi-

not. Los enamorados sabían que Birotteau no pasaba nunca por delante de su antigua casa, é incapaces de imaginarse lo que le ocurría, habían ido á tomar algunas medidas para la fiesta que imaginaban dar á César. Aquella extraña aparición asombró tan vivamente á Birotteau, que permaneció como si lo hubieran clavado en tierra.

—Ahí está el señor Birotteau que mira su antigua casa—dijo Molineux al comerciante establecido en frente de *La Reina de las Rosas*.

—Pobre hombre—dijo el antiguo vecino del perfumista,—ha dado ahí uno de los bailes más hermosos... Había doscientos coches.

—Asistí á él, quebró tres meses después y yo fuí síndico—dijo Molineux.

Birotteau se fué temblándole las piernas y corrió á casa de su tío Pillerrault.

Pillerrault, conocedor de lo que había pasado en la calle de los Cinco Diamantes, pensaba que su sobrino resistiría difícilmente el choque de una alegría tan grande como la de su rehabilitación, pues era el testigo diario de las vicisitudes morales de aquel pobre hombre, siempre en presencia de sus inflexibles doctrinas relativas á los quebrados, y cuyas fuerzas eran empleadas á cada instante. El honor era para César un muerto que podía tener su día de Pascuas. Esta esperanza hacía su dolor incesantemente activo. Pillerrault tomó á su cargo el preparar á su sobrino para recibir la buena noticia. Cuando Birotteau entró en casa de su tío, le encontró pensando en los medios de lograr su objeto. De modo que la alegría con que el empleado contó el testimonio de interés que el rey le había dado pareció de buen agüero á Pillerrault, y el asombro de haber visto á Cesarina en *La Reina de las Rosas* fué una excelente entrada en materia.

—Pues bien, César—dijo Pillerrault,—¿sabes de dónde te viene todo eso? De la impaciencia que tiene Popinot de casarse con Cesarina. Ya no puede aguantar más, y por tus exageraciones de probidad no debe dejar pasar su juventud comiendo pan seco. Popinot quiere darte los fondos necesarios para que pagues íntegramente á tus acreedores.

—Compra su mujer—dijo Birotteau.

—¿No es honroso hacer rehabilitar á su suegro?

—Pero así tendrán qué decir, y, por otra parte...

—Por otra parte—dijo el tío haciéndose el enfadado,—tú tienes derecho á inmolarle, pero no lo tienes á inmolar á tu hija.

Se siguió de aquí una viva discusión, que Pillerrault acaloraba intencionadamente.

—¡Eh! ¿y si Popinot no te prestase nada?—exclamó Pillerrault.—Si te hubiese considerado como asociado suyo y mirase el dinero dado á tus acreedores como un anticipo de los beneficios del *Acceite*?

—Parecería que yo había engañado á mis acreedores de acuerdo con él.

Pillerrault fingió que se dejaba convencer con este razonamiento. Conocía bastante el corazón humano para saber que durante la noche aquel digno hombre reflexionaría acerca de este punto, y de la discusión anterior nacería la idea de acostumbrarse á la rehabilitación.

—Pero ¿por qué estaban mi mujer y mi hija en nuestra antigua casa?

—Anselmo quiere alquilarla para vivir en ella con Cesarina. Tu mujer es de su opinión, y sin decirte nada han ido á hacer publicar las proclamas á fin de obligarte á consentir. Popinot dice que tendría menos mérito casarse con Cesarina después de tu rehabilitación. Tú tomas los seis mil francos del rey y no quieres aceptar nada de tus parientes. Si yo quisiera darte recibo de lo que me debes, ¿te negarías á aceptarlo?

—No—dijo César;—pero el recibo no sería obstáculo para que yo economizase y le pagase.

—Todo eso son quijotismos—dijo Pillerrault,—y yo creo que merezco fe acerca de cosas de probidad. ¡Qué tontería acabas de decir! ¿Habrás engañado á tus acreedores después de haberles pagado á todos?

En este momento, César examinó á Pillerrault, y éste se sorprendió al ver, después de tres años, que una franca sonrisa animaba las entristecidas facciones de su pobre sobrino.

—Es verdad—dijo,—serían pagados... ¡Pero eso es vender á mi hija!

—Y yo quiero ser comprada—dijo Cesarina apareciendo con Popinot.

Los dos amantes habían oído estas últimas palabras entrando de puntillas en la antesala de la pequeña habitación de su tío, y la señora Birotteau les seguía. Los tres habían ido en coche á casa de todos los acreedores que faltaban por pagar para convocarles por la tarde en casa de Alejandro Crottat, donde se preparaban los recibos. La potente lógica del enamorado Popinot triunfó de los escrúpulos de César, que persistía en decirse deudor, pretendiendo que faltaba á la ley, y tuvo que ceder ante esta exclamación de Popinot:

—¿Quiere usted matar á su hija?

—¡Matar á mi hija!—dijo César alelado.

—Sí—dijo Popinot;—tengo el derecho de hacerle á usted una donación entre vivos de la suma que en conciencia creo que le pertenece. ¿Se negará usted á ello?

—No—dijo César.

—Pues bien, vamos á casa de Alejandro Crottat esta tarde, á fin de no hablar más de este asunto, y allí arreglaremos al mismo tiempo nuestro contrato de matrimonio.

Una demanda de rehabilitación y todas las piezas que la apoyaban fueron presentadas por Derville en el despacho del procurador general de la audiencia real de París.

Durante el mes que duraron las formalidades y la publicación de las proclamas para el matrimonio de Cesarina y de Anselmo, Birotteau se vió agitado por movimientos febriles. Estaba inquieto, tenía miedo de morir antes de que llegase el gran día en que debía ser rehabilitado. Según decía él, su corazón palpitaba sin razón. Se quejaba de dolores sordos en aquel órgano tan gastado con las emociones del dolor, como con la fatiga que sentía por aquella dicha suprema. Las sentencias de rehabilitación son tan raras en el resorte de la audiencia real de París, que apenas si se pronuncia una en diez años. Para las gentes que toman por lo serio todo lo de la sociedad, el aparato de la justicia tiene

un no sé qué de grande y grave. Las instituciones dependen enteramente de los sentimientos que los hombres ponen en ellas y de las grandezas de que están revestidas por el pensamiento. Así, cuando en un pueblo no hay, no ya religión, sino creencias, cuando la educación primera ha desatado de él todos los lazos conservadores, acostumbrando al niño á un despiadado análisis, una nación se disuelve, pues no tiene ya cuerpo más que por las innobles soldaduras del interés material, por los mandatos del culto que crea el egoísmo bien entendido. Lleno de ideas religiosas, Birotteau aceptaba la justicia por lo que debía ser á los ojos de los hombres, una representación de la sociedad misma, una augusta expresión de la ley consentida, independiente de la forma bajo la cual se produce; cuanto más viejo, gastado y canoso es el magistrado, más solemne es entonces el ejercicio de su sacerdocio, el cual requiere un estudio tan profundo de los hombres y de las cosas, que sacrifica al corazón y lo endurece para ejercer tutela sobre intereses palpitantes. Son raros los hombres que no suben sin vivas emociones la escalera de la audiencia real del antiguo Palacio de Justicia de París, y el antiguo negociante era uno de ellos. Pocas personas han notado la majestuosa solemnidad de aquella escalera tan bien colocada para producir un efecto, escalera que se halla en lo alto del peristilo interior que adorna lo alto del palacio. Su puerta está en medio de una galería que conduce, por un lado, á la inmensa sala de los Pasos Perdidos, y por el otro á la Capilla Santa, dos monumentos que contribuyen á que parezca todo mezquino en torno de ellos. La iglesia de San Luis es uno de los edificios más imponentes de París, y su entrada tiene un no sé qué de sombrío y de romántico en el fondo de aquella galería. La gran sala de los Pasos Perdidos ofrece, por el contrario, un claro lleno de luces, y es difícil olvidar que la historia de Francia está unida á la tal sala. Sin embargo, vuelvo á repetir que aquella escalera debe tener algo bastante grandioso para no ser eclipsada por estas dos magnificencias. Tal vez ocurre que se conmueve allí el alma al ver el lugar en que se dictan las sentencias. La escalera desemboca en una inmensa pieza,

que es la antesala de aquella en que se verifican los juicios de la sala primera, y que forma la sala de los Pasos Perdidos de la audiencia. Juzgad las emociones que debió sentir el quebrado, que quedó, como es natural, impresionado por estos accesorios al subir á la audiencia real rodeado de sus amigos Lebás, presidente á la sazón del tribunal de comercio, Camusot, su antiguo juez comisario, Ragón, su antiguo amo, y el señor Loraux, su director espiritual. El santo sacerdote hizo resaltar aquellos esplendores mediante una reflexión que los hizo aun más imponentes á los ojos de César. Pillerault, aquel filósofo práctico, había imaginado exagerar de antemano el goce de su sobrino para librarle de los peligros de los acontecimientos imprevistos de aquella fiesta. En el momento en que el antiguo negociante acababa de vestirse, vió llegar á sus verdaderos amigos, que se consideraban honrados acompañándole á la barra de la audiencia. Este cortejo le produjo al buen hombre un contento que le dió la exaltación necesaria para sostener el imponente espectáculo de la audiencia. Birotteau encontró á otros amigos reunidos en la sala de los juicios solemnes, ocupada á la sazón por una docena de consejeros.

Después de los preliminares de oficio, el procurador de Birotteau hizo la demanda en pocas palabras. Obedeciendo á un gesto del primer presidente, el fiscal, invitado á emitir sus conclusiones, se levantó. En nombre de la audiencia, el fiscal, verdadero representante de la vindicta pública, iba á pedir que se devolviese el honor al negociante que no había hecho más que empeñarlo, ceremonia única, pues el condenado sólo puede ser indultado. Las gentes de corazón pueden imaginarse la emoción de Birotteau al oír que el señor de Grandville pronunciaba un discurso, cuyo resumen es el siguiente:

«Señores—dijo el célebre magistrado:—El 16 de enero de 1820, Birotteau fué declarado en estado de quiebra por un fallo del tribunal de comercio del Sena. La rendición del balance no era ocasionado ni por imprudencia de este comerciante, ni por falsas especulaciones, ni por ninguna

razón que pudiese manchar su honor. Sentimos la necesidad de decirlo muy alto: esta desgracia fué causada por uno de esos desastres que se repiten, desgraciadamente, con gran dolor para la justicia y para la villa de París. Estaba reservado para nuestro siglo, en el que fermentará durante mucho tiempo aún la mala levadura de las costumbres y de las ideas revolucionarias, el ver al notariado de París apartándose de las gloriosas tradiciones de los siglos precedentes y produciendo en pocos años tantas quiebras como hubo en dos siglos bajo la antigua monarquía. La sed del oro, adquirido rápidamente, se ha apoderado de los oficiales ministeriales, de esos tutores de la fortuna pública, de esos magistrados intermediarios.»

A continuación, obedeciendo á las necesidades de su cargo, el conde de Grandville peroró largo rato recriminando á los liberales, á los bonapartistas y á otros enemigos del trono. Los sucesos han probado que este magistrado tenía razón en sus aprensiones.

«La huida de un notario de París, que se llevó los fondos depositados por Birotteau en su casa, decidió la ruina del demandante. La audiencia dictó en este asunto una sentencia que prueba hasta qué punto fué indignamente burlada la confianza de los clientes de Roguín. Intervino un concordato. Para honra del demandante, haremos observar que todas sus operaciones comerciales llevaban el sello de una pureza que no se encuentra en ninguna de las escandalosas quiebras que afligen á diario al comercio de París. Los acreedores de Birotteau pudieron apoderarse de todas sus cosas, llegando á encontrar en su casa, señores, no sólo sus ropas, sus alhajas y las cosas de uso puramente personal, sino también las de su mujer, la cual cedió todos sus derechos para aumentar el activo. En aquella circunstancia, Birotteau fué digno de la estimación que le había llevado á desempeñar las funciones municipales, pues era entonces teniente alcalde del segundo distrito y acababa de recibir la condecoración de la cruz de la Legión de honor, como premio á la fidelidad

del realista que luchaba en Vendimiario en los peldaños de San Roque, teñidos con su sangre, al magistrado consular estimado por su celo y por su espíritu conciliador, y al modesto miembro municipal que acababa de rechazar los honores de la alcaldía indicando para este cargo al digno y honrado señor barón de La Billardiere, noble vendeano á quien aprendió á estimar durante los malos tiempos...»

—Esta frase es mejor que la mía—dijo César al oído de su tío.

«...Los acreedores, que cobraron el sesenta por ciento de sus créditos, gracias á la entrega que les hicieron de todo lo que poseían este leal negociante, su mujer y su hija, consignaron su estimación en el concordato habido entre ellos y el deudor, al cual hicieron renuncia del resto de sus créditos; y este testimonio ha de llamar necesariamente la atención de la audiencia por la manera cómo está concebido.»

Aquí el procurador general leyó las consideraciones del concordato.

«Señores, en circunstancias análogas, muchos negociantes se hubieran creído libres y habrían marchado orgullosos por las calles públicas. Lejos de esto, Birotteau, sin dejarse abatir, formó en su conciencia el proyecto de llegar al glorioso día que se levanta hoy para él. Nada le ha desalentado. Nuestro muy amado soberano, para dar pan al herido en San Roque, le concede una colocación, y el quebrado se reservó su sueldo para sus acreedores sin emplear nada en la satisfacción de sus necesidades, pues la abnegación de su familia no le ha faltado nunca.»

Birotteau estrechó llorando la mano de su tío.

«Su mujer y su hija, coadyuvando al noble pensamiento de Birotteau, iban ahorrando también el fruto de su trabajo. Ambos abandonaron la posición que ocupaban para abrazar

otra más inferior. Estos sacrificios, señores, deben ser altamente honrados, porque son los más difíciles de hacer: He aquí cuál era la labor que Birotteau se había impuesto.»

Aquí el procurador general leyó el resumen del balance, enumerando las sumas que había quedado á deber y los nombres de los acreedores.

«Cada una de estas sumas, incluso los intereses, ha sido pagada, señores, y la prueba del pago no son recibos privados, sino actas auténticas, según previene la ley. Señores magistrados, debéis devolver á Birotteau, no ya el honor, sino los derechos de que se halla privado, y así haréis justicia. Semejantes espectáculos son tan raros en vuestra audiencia, que no podemos menos de felicitar y aplaudir al impetrante por su conducta.»

Después leyó las conclusiones formales en estilo judicial. La audiencia deliberó sin salir, y el presidente se levantó para pronunciar sentencia.

«La audiencia—dijo para terminar—me encarga que exprese á Birotteau la satisfacción que siente al pronunciar semejante fallo. Escribano, pasemos á la causa siguiente.»

Birotteau, dueño ya de su honor, que le era devuelto por las frases del ilustre procurador general, quedó confundido de placer al oír la solemne frase pronunciada por el primer presidente de la primera audiencia de Francia, frase que denotaba estremecimientos en el corazón de la impasible justicia humana. El pobre no podía dejar su puesto en la barra, y parecía clavado á él mirando con aire alhelado á los magistrados, cual si fuesen ángeles que se presentaban á abrirle las puertas de la vida social. Su tío le tomó por el brazo y le sacó de allí. César, que no había obedecido á Luis XVIII, se puso entonces maquinalmente la cinta de la Legión de honor en el ojal y se vió rodeado inmediatamente por sus amigos y llevado en triunfo hasta el coche.

—¿Adónde me llevan ustedes, amigos míos?—dijo á José Lebás, á Pillerault y á Ragón.

—A su casa.

—No, son las tres, y quiero usar de mi derecho entrando en la Bolsa.

—¡A la Bolsa!—dijo Pillerault al cochero haciendo una expresiva seña á Lebás, pues observaban en el rehabilitado síntomas tan inquietantes, que temían que se volviese loco.

El antiguo perfumista entró en la Bolsa dando el brazo á su tío y á Lebás, aquellos dos negociantes venerados. Se sabía ya su rehabilitación. La primera persona que vió á los tres negociantes, seguidos del anciano Ragón, fué de Tillet.

—¡Ah! mi querido amo, celebro infinito el saber que ha salido usted airoso. Yo tal vez he contribuído á ese feliz desenlace por la facilidad con que me dejé arrancar una pluma del ala por ese pequeño Popinot. Celebro su dicha cual si fuese mía.

—Y se comprende—dijo Pillerault.—A usted no le ocurrirá nunca eso.

—¿Cómo se entiende, señor?—dijo de Tillet.

—¡Pardiez! en el buen sentido de la palabra—dijo Lebás sonriéndose de la maliciosa frase de Pillerault, el cual sin saber nada consideraba á aquel hombre como un infame.

Matifat reconoció á César, é inmediatamente los negociantes más afamados rodearon al antiguo perfumista haciéndole una ruidosa ovación. Birotteau recibió las felicitaciones más halagüeñas y apretones de manos que despertaban muchas envidias y excitaban algunos remordimientos, pues de las cien personas que había allí, más de cincuenta habían liquidado. Gigonnet y Gobseck, que hablaban en un rincón, miraron al virtuoso perfumista como debieron mirar los físicos al primer *gimnoto* eléctrico que vieron. Este pez, armado del poder de una botella de Leyde, es la mayor curiosidad del reino animal. Después de haber respirado el incienso de su triunfo, César subió á su coche y se puso en marcha para volver á su casa, donde tenía que firmarse el contrato de

matrimonio de su querida Cesarina y del fiel Popinot. El perfumista tenía una risa nerviosa que sorprendió á sus tres ancianos amigos.

Tiene la juventud el defecto de creer que todo el mundo es fuerte como ella, si bien es verdad que este defecto depende de sus propias cualidades. En lugar de ver los hombres y las cosas á través de sus lentes, los colorea con los reflejos de su llama y comunica su exceso de vida hasta á las gentes más ancianas. Al igual que César y Constanza, Popinot conservaba en su memoria una fastuosa imagen del baile dado por Birotteau. Durante aquellos tres años de pruebas, Constanza y César, sin decirselo, creyeron varias veces oír la orquesta de Collinet, soñaron con la escogida reunión y gustaron de aquel goce tan cruelmente castigado, como Adán y Eva debieron pensar á veces en aquel fruto prohibido que dió la muerte y la vida á toda su posteridad, pues parece que la reproducción de los ángeles es uno de los misterios del cielo. Pero Popinot podía pensar en aquella fiesta sin remordimientos, con delicia; Cesarina, en toda su gloria, le había prometido ser suya cuando él era pobre. Durante aquel baile, Anselmo llegó á tener la seguridad de ser amado por sí mismo; así es que cuando compró la habitación restaurada por Grindot á Celestino, estipulando que todo había de permanecer en ella intacto, cuando había conservado religiosamente las menores cosas pertenecientes á César y á Constanza, soñaba con dar su baile, un baile de boda, y había preparado aquella fiesta con amor, imitando únicamente á su amo en los gastos necesarios, pero no en las locuras. Así, la comida sería servida por Chevet, ya que el número de convidados iba á ser casi el mismo. El abate Loraux reemplazaba al gran canciller de la Legión de honor, y el presidente del tribunal de comercio, señor Lebás, no faltaría. Popinot invitó al señor Camusot, para pagarle las consideraciones que había tenido con Birotteau. Los señores de Vandenesse y de Fontaine ocuparían la plaza de Roguín y de su mujer. Cesarina y Popinot habían distribuído con discernimiento las invitaciones para el baile. Ambos temían igualmente la publicidad de una boda, y habían imaginado dar el baile el día del

contrato. Constanza volvió á ponerse aquella bata de color cereza con la que había brillado un solo día con resplandor tan fugitivo. Cesarina se había complacido en dar á Popinot la sorpresa de presentarse con aquel mismo traje de baile de que tantas veces habían hablado. De esta suerte, el salón iba á ofrecer á Birotteau el encantador espectáculo que había saboreado durante una sola noche. Ni Constanza, ni Cesarina, ni Anselmo habían notado el peligro de esta enorme sorpresa para César, y le esperaban á las cuatro con una alegría que les llevaba á hacer puerilidades.

Después de las indefinibles emociones que acabada de causarle su entrada en la Bolsa, aquel héroe de la probidad comercial iba á sufrir el pasmo que le esperaba en la calle de San Honorato. Cuando, al entrar en su antigua casa, vió en el descansillo de la escalera á su mujer con traje de terciopelo color cereza, á Cesarina, al conde de Fontaine, al vizconde de Vandenesse, al barón de La Billardiere y al ilustre Vauquelin, notó que una ligera nube cubría sus ojos, y su tío Pillerault, que le daba el brazo, advirtió en él un estremecimiento interior.

—¡Esto es demasiado!—dijo el filósofo al enamorado Anselmo.—Nunca podrá soportar todo el goce que quieres proporcionarle.

La alegría era tan viva en todos los corazones, que todo el mundo atribuyó la emoción y la inseguridad de César á una embriaguez muy natural, pero mortal á veces, al encontrarse de nuevo en su casa. Al volver á ver su salón y sus convidados, entre los cuales había mujeres vestidas para el baile, el movimiento heroico ó final de la gran sinfonía de Beethoven estalló de pronto en su cabeza y en su corazón. Aquella música ideal irradió, chispeó é hizo sonar sus clarines en las meninges de aquel cerebro fatigado, para el cual debía ser aquello el gran final.

Agobiado por aquella armonía interior, César se fué á coger del brazo de su mujer y le dijo al oído con voz ahogada por un contenido vómito de sangre:

—¡Me encuentro mal!

Constanza, asustada, llevó á su marido con trabajo á su

cuarto. Llegado allí, el perfumista se dejó caer en un sofá diciendo:

—¡Señor Haudry! ¡Señor Loraux!

El abate Loraux acudió seguido de los convidados y de las mujeres en traje de baile, quienes se detuvieron estupefactos formando un curioso grupo. En presencia de aquella fiesta aguada, César estrechó la mano de su confesor é inclinó la cabeza sobre el seno de su mujer, que permanecía arrodillada. Se le había roto un vaso del pecho, y, para colmo de desdichas, el aneurisma le privaba de su última respiración.

—¡He aquí la muerte del justo!—dijo el abate Loraux con voz grave señalando á César con uno de esos divinos gestos que supo adivinar Rembrandt para su cuadro del Cristo resucitando á Lázaro.

Jesús ordena á la tierra que devuelva su presa, y el santo sacerdote hacía indicación al cielo del mártir de la probidad comercial que merecía ser condecorado con la palma eterna.

París, noviembre 1837.

FIN

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

PQ2163

.C3

S6

FL

114832

AUTOR

BALZAC, Honoré de

TITULO

Apogeo y decadencia de César

Bitotteau

FECHA DE
VENCIMIENTO

NOMBRE DEL LECTOR

